

Algunos instrumentos para estudiar lo cervantino¹

Alfredo ALVAR EZQUERRA

Académico Correspondiente de la RAH
Investigador Científico del CSIC
Profesor Asociado de la UCM

RESUMEN

En este trabajo se repasan los instrumentos básicos que debe conocer un estudiante de Edad Moderna cuando se enfrenta con las múltiples realidades cervantinas. En primer lugar, se hace una incursión en las propias alusiones que hace Cervantes a su obra y, en segundo lugar, se citan los grandes hitos que ha habido en la historia de los estudios de nuestro autor.

Palabras claves: Cervantes, vida y obra. Interpretaciones históricas.

ABSTRACT

Any early modern student should be aware of certain basic research methods when looking at issues that Cervantes dealt with. This paper aims to review them comprehensively. Firstly I touch on Cervantes's reviews of his own works. Secondly, I explain the main landmarks over the history of our author's studies.

Keywords: Cervantes, life and works. Historical interpretations.

El origen de las páginas siguientes está en una reflexión informal sobre qué se le podría recomendar a un estudiante de Historia Moderna para estudiar *El Quijote*.

Para estudiarlo hay que partir de una serie de principios, en muchas ocasiones tautológicos, pero imprescindibles de ser expuestos ya que *El Quijote* ha dejado de ser una obra literaria, para convertirse en un mito; ha dejado de ser de Cervantes, para ser de todos (incluso de los que no se lo han leído) y ha dejado de ser una creación de lo social hispano en la transición del XVI al XVII para pasar a ser un universal. Esto es, un mito y cierro el cordel del lazo.

¹ Este trabajo forma parte de los que se realizan en el Proyecto de Investigación "Cervantes y su época: Teoría y práctica de la comunicación científica", Ministerio de Educación y Ciencia, HUM2004-04713/HIST. Departamento de Historia Moderna del Instituto de Historia del C.S.I.C., duración: XII-2004 a XII-2007.

La primera tautología de todo esto, pues es la siguiente: ni *El Quijote* es un todo, ni es todo Cervantes, ni Cervantes escribió sólo *El Quijote*. De semejantes informaciones, novedosas y demoledoras, me quedo con una: *El Quijote* no es un todo. Es verdad. Porque la Primera parte es de 1605 y la Segunda, de diez años después, de 1615. Y a ti, lector modernista, te llamo a la reflexión: haz rápida memoria sobre qué acontecimientos sacudieron la vida española (más aún la sola y enorme castellana) entre esos dos lustros y verás cómo –aun estando de por medio el de Avellaneda– no se puede hablar sin más de *El Quijote*, como si el de 1604-5, fuera igual, constituyera un mismo cuerpo unívoco con el de 1615. O si no, fíjate en cuanto han cambiado los dos Panzas.

Por todo lo dicho, allá va la segunda invención de hoy. Para estudiar a *El Quijote*, bueno será empezar por leérselo, con ojo avizor, ya que de las demás maneras lo hemos hecho todos.

Hay partes de la obra que son ejemplares, por su buen sentido crítico y por el humor que destilan a raudales. En muchas ocasiones, se trata de buenas lecciones morales o de comportamiento social. Por ejemplo, él es que se mofa y hace escarnio de algunos –¿colegas aún hoy?– que componen prólogos de forma un tanto amanerada. Contra ellos va:

“Pero yo, que, aunque parezco padre, soy padrastro de *Don Quijote*, no quieroirme con la comente del uso, ni suplicarte, casi con las lágrimas en los ojos, como otros hacen, lector carísimo, que perdones o disimules las faltas que en este mi hijo vieres; y ni eres su pariente ni su amigo, y tienes tu alma en tu cuerpo y tu libre albedrío como el más pintado, y estás en tu casa, donde eres señor della, como el rey de sus alcabalas, y sabes lo que comúnmente se dice: que debajo de mi manto, al rey mato. Todo lo cual te esenta y hace libre de todo respecto y obligación; y así, puedes decir de la historia todo aquello que te pareciere, sin temor que te calunien por el mal ni te premien por el bien que dijeres della...” (“Prólogo” I, 1605)

Pues eso espero que hagas con estas reflexiones al leerlas, si es que sigues ahí: si te parecen bien, vale; en su defecto, “tienes el libre albedrío, como el más pintado”. Yo disfruto escribiendo y si vamos juntos, bien; si no, una pena.

Pero arranco con titubeos y en ellos me quedo. Cervantes me da un primer instrumento que es que no hay por qué leerse todo lo que esté impreso, ni aun venga de quien venga. A veces cerrar un libro de un maestro es tan placentero como acabarse el de otros. Y siguiendo con esos preámbulos cervantinos (aprendí de algún filólogo de los de tradición que los prólogos de Cervantes pueden constituir por sí solos una obra de corrido –segundo instrumento: léete solos los prólogos de Cervantes y acabarás desdramatizando este ejercicio intelectual al que nos dedicamos–) y volviendo a la idea anterior, cierra esos libros de caballerías de hoy incomprensibles por oscuros, no sea que te pase lo que al hidalgo de La Mancha que enloqueció leyendo aquellos postulados que decían que...

“La razón de la sinrazón que a mi razón se hace, de tal manera mi razón enflaquece, que con razón me quejo de la vuestra fermosura. Y también cuando leía: [...] los altos cielos que de vuestra divinidad divinamente con las estrellas os fortifican y os hacen merecedora del merecimiento que merece la vuestra grandeza.

Con estas razones perdía el pobre caballero el juicio, y desvelábase por entenderlas y desentrañarles el sentido, que no se lo sacara ni las entendiera el mismo Aristóteles, si resucitara para sólo ello” (*Quijote*, I, 1).

Este es el tercer instrumento: al escribir, llaneza; al pensar, claridad de ideas y objetivos.

Para un doctorando, o para un doctor también, hay otro instrumento más (ya llevamos cuatro) proporcionado por Cervantes, el autodidacta. Es demoledor y más aún para estos tiempos de Diplomas de Estudios Avanzados y otros arbitrios de la renovación científica, en los que los megamotors de búsquedas bibliográficas nos ayudan lo indecible a localizar libros y, en ocasiones, a presentarlos resumidos si es necesario (una buena ayuda, clio.rediris.es/tiemposmodernos/enlaces.htm). En fin, algunas cosas pasaban ya en tiempos de Cervantes:

“De todo esto ha de carecer mi libro, porque ni tengo qué acotar en el margen, ni qué anotar en el fin, ni menos sé qué autores sigo en él, para ponerlos al principio, como hacen todos, por las letras del ABC, comenzando en Aristóteles y acabando en Xenofonte y en Zoilo o Zeuxis, aunque fue maldiciente el uno y pintor el otro” (“Prólogo”, 1)

En fin: y ¿cómo leer *El Quijote*? A pies juntillas creo que siguiendo, también, a Cervantes, y no a ningún editor literario o crítico que busque ser él un Cervantes del nuevo tiempo. Si puedes, acércate a una edición *princeps*. Si no, a una que respete absolutamente el texto original. ¿Cuál? Pues una que sea llana, que no tenga acrósticos²

“–Es tan verdad, señor –dijo Sansón–, que tengo para mí que el día de hoy están impresos más de doce mil libros de la tal historia; si no, dígalo Portugal, Barcelona y Valencia, donde se han impreso; y aun hay fama que se está imprimiendo en Amberes, y a mí se me trasluce que no ha de haber nación ni lengua donde no se traduzga”.

Esto lo sigo porque ya el propio Cervantes en su segunda parte dejó claro cómo era la primera parte.

A mí personalmente (¡qué poco original va a quedar lo que digo a continuación!) me fascina la capacidad creadora de Cervantes, que compra su libro o que, en la segunda parte, ya son (estamos en 1615) sus personajes los que hacen crítica y comentarios sobre la I Parte. No podía ser de otra manera si tenemos en cuenta que Cervantes fue un excelente, espectacular crítico literario: allá va no sólo el “Donoso Escrutinio”, sino también, *El Canto del Calíope*, o los más de tres mil versos de *El Viaje del Parnaso*. Casi sin querer te he dado otros instrumentos: sólo de la lectura de esas tres creaciones cervantinas, te echarás al colete centenar y medio de referencias a otros tantos autores de nuestros Siglos de Oro; autores, por lo demás, ya olvidados por los historiadores, no así por los filólogos.

² Las citas de este trabajo proceden de la edición de Florencio Sevilla, para Castalia, 1999.

Vuelvo al principio del párrafo anterior. Los propios personajes descubriendo que sus aventuras están impresas, e incluso haciendo crítica de la Primera Parte, o sea, de ellos mismos. Las citas que siguen son largas, lo siento; pero es que son geniales:

“Sancho amigo: ¿qué es lo que dicen de mí por ese lugar? ¿En qué opinión me tiene el vulgo, en qué los hidalgos y en qué los caballeros? ¿Qué dicen de mi valentía, qué de mis hazañas y qué de mi cortesía? ¿Qué se platica del asunto que he tomado de resucitar y volver al mundo la ya olvidada orden caballeresca? Finalmente, quiero, Sancho, me digas lo que acerca desto ha llegado a tus oídos...” (*Quijote*, II, III y siento mucho no reproducir todo el texto).

Y si la curiosidad o la fama no habían quedado bien satisfechas en ese largo parlamento, aún se volvería sobre todo lo anterior, pero con un deje muy serio: en muchas partes de Cervantes hay reiteradas reflexiones de epistemología histórica. Es especialmente importante *Quijote*, II, III. Aquí hago una pequeña alusión a tan excelente capítulo. Me limito a una referencia breve cuando hablan de objeto y sujeto de la historia, pero con la belleza de su lenguaje sencillo y llano; están “ridículamente razonando” el bachiller Sansón Carrasco, Sancho y don *Quijote*:

“Con todo eso, imaginó que algún sabio, o ya amigo o enemigo, por arte de encantamento las habrá dado a la estampa: si amigo, para engrandecerlas y levantarlas sobre las más señaladas de caballero andante; si enemigo, para aniquilarlas y ponerlas debajo de las más viles que de algún vil escudero se hubiesen escrito, puesto –decía entre sí– que *nunca hazañas de escuderos se escribieron; y cuando fuese verdad que la tal historia hubiese, siendo de caballero andante, por fuerza había de ser grandilocua, alta, insigne, magnífica y verdadera*” (*Quijote*, II, III).

Fama y gloria. Ya se hacen eco de haberlas alcanzado los contertulios:

“–Es tan verdad, señor –dijo Sansón–, que tengo para mí que el día de hoy están impresos más de doce mil libros de la tal historia; si no, dígalo Portugal, Barcelona y Valencia, donde se han impreso; y aun hay fama que se está imprimiendo en Amberes, y a mí se me trasluce que no ha de haber nación ni lengua donde no se traduzga” (*Quijote*, II, III).

Más o menos hasta aquí, una breve exégesis de cómo *El Quijote* (I y II) es, en sí mismo el mejor instrumento para conocerlo. Cervantes reflexiona claramente y en viva y alta voz sobre su propia obra. Lo demás, los demás, somos sólo los acólitos de su grandeza. Algún pecador de los excesos de la incontrolable soberbia y la vanidad pretendió hacerle continuaciones... ¡Ay, qué bueno es contemplar en silencio alguna *vanitas*!

Vuelvo, intentando cerrar el círculo. Si algunos personajes ya comentan la obra dentro de la obra, los continuadores fueron varios, incluso antes de que saliera la segunda parte. Es sabido que, acaso si no hubiera habido *Quijote* de Avellaneda, no habría habido *Quijote II* de Cervantes. La lectura del furibundo “Prólogo” es recon-

fortante. Los continuadores son de dos tipos: unos, que han querido enmendarle la plana a Cervantes, corrigiéndole los errores (Stagg, Martín Moran) otros han puesto en paralelos y paralelismo a los dos quijotes (últimamente Alfonso Martín Jiménez); incluso hallando al verdadero autor (Riquer o Javier Blasco); y en fin, el mismísimo Cervantes que ya nos desborda de todas todas: en *Quijote* II, LXXII, ocurre lo siguiente:

—Aquí puede vuestra merced, señor don Alvaro Tarfe, pasar hoy la siesta: la posada parece limpia y fresca.

Oyendo esto don Quijote, le dijo a Sancho:

—Mira, Sancho: cuando yo hojeé aquel libro de la segunda parte de mi historia, me parece que de pasada topé allí este nombre de don Alvaro Tarfe.

—Bien podrá ser —respondió Sancho—. Dejémosle apear, que después se lo preguntaremos.

El caballero se apeó, y, frontero del aposento de don Quijote, la huéspeda le dio una sala baja, enjanzada con otras pintadas sargas, como las que tenía la estancia de don Quijote. Púsose el recién venido caballero a lo de verano, y, saliéndose al portal del mesón, que era espacioso y fresco, por el cual se paseaba don Quijote, le preguntó:

—¿Adonde bueno camina vuestra merced, señor gentilhombre? Y don Quijote le respondió:

—A una aldea que está aquí cerca, de donde soy natural. Y vuestra merced, ¿dónde camina?

—Yo, señor —respondió el caballero—, voy a Granada, que es mi patria.

—¡Y buena patria! —replicó don Quijote—. Pero, dígame vuestra merced, por cortesía, su nombre, porque me parece que me ha de importar saberlo más de lo que buenamente podré decir.

—Mi nombre es don Alvaro Tarfe —respondió el huésped. A lo que replicó don Quijote:

—Sin duda alguna pienso que vuestra merced debe de ser aquel don Alvaro Tarfe que anda impreso en la *Segunda parte de la historia de don Quijote de la Mancha*, recién impresa y dada a la luz del mundo por un autor moderno.

—El mismo soy —respondió el caballero—, y el tal don Quijote, sujeto principal de la tal historia, fue grandísimo amigo mío, y yo fui el que le sacó de su tierra, o, a lo menos, le moví a que viniese a unas justas que se hacían en Zaragoza, adonde yo iba; y, en verdad en verdad que le hice muchas amistades, y que le quité de que no le palmease las espaldas el verdugo, por ser demasíadamente atrevido”, etc.

Y así, Cervantes pone en la misma escena en contacto a personajes de diferentes obras, y con diferentes criterios. Gracias a la bellaquería de Tarfe, Cervantes “reconstruye” al nuevo Sancho, no ya gracioso, sino sereno; no ya iletrado, sino sensato... Cervantes ha dado continuación, precisamente, a la obra que querría que nunca hubiera existido... ¡Es de una imaginación y de una originalidad sin par!

Claro que, los textos o las ideas cervantinas (y especialmente en *El Quijote*) son tan complejos que han dado pie para mil y una interpretaciones, lecturas, tabulaciones y confabulaciones. Tanto que (me da la sensación que esto me ronda en la cabeza) no sabemos si en verdad, en verdad, leemos a Cervantes o a su exégeta. Por

ello, hay que limpiar lo cervantino de adherencias externas e intentar recuperarlo en su estado prístino, esto es, leyendo lo que escribió y no inventando el explicar lo que quiso decir y que no dijo pero que intentó decir porque, en realidad, eso encierra otra cosa que querrías que hubiera querido decir y no dijo, o sea, de ahí la diván, un poco de tiempo.

Porque otra de las cosas importantes de la historiografía cervantina es, precisamente, la apropiación de su ser, o de su esencia, por parte de todos los grupos sociales. Fue católico ultra; republicano; monárquico; liberal; patrono; idealista; constitucionalista; revolucionario; sufridor de la violencia del sistema; samurai; ecologista; conservador; amante de las mujeres y ahora, a poco a poco, será –aunque creo que lo es ya– gay. Producto cultural donde los haya, mito de referencia; don Quijote y Sancho ya no son ellos, han dejado de ser ellos³.

Por tanto, no es de extrañar que a lo largo del tiempo haya habido importantes contribuciones a la historia del texto, desde un ámbito formal⁴. Al margen de las continuaciones que ya desde el XVII manifestaban que era una obra incompleta (Avellaneda⁵) que en muchas ocasiones son, como he dicho más arriba producto de las desmesurada vanidad o del furibundo ataque de unos endiosados contra los escaldadores del Olimpo (lopistas y otros “poetambres”, contra Cervantes).

Como ha escrito Florencio Sevilla, lúcido cervantista de los de veras, “Seríamos incapaces de agotar los indicios de lectura contenidos en el mismo [libro]: el *Quijote*, ciertamente, se concibió henchido de posibles lecturas”⁶.

A grandes rasgos, se comulga con la idea de que en el XVII no se le supo sacar jugo más allá de lo meramente cómico, mientras que en el XVIII empezaron a destacarse aspectos más pedagógicos, filológicos, creativos... Fue el siglo de la consagración. Es verdad que Cervantes intuía, o sabía bien, cómo le andaban pirateando ediciones por todas partes (*Quijote*, II, III), pero desde el movimiento de los *novatores* (Nicolás Antonio lo recoge ya en la *Biblioteca Hispana Nova* de 1672), en

³ BARDON, M.: *Don Qichotte en France au XVII^e et au XVIII^e siècle*, París, 1931; LEVIN, H.: “Cervantes, el quiotismo y la posteridad”, 1973; GLOSE, A.: *Miguel de Cervantes. Don Quixote*, Cambridge U.P., 1990; LÓPEZ NAVÍA, S.: *La ficción autorial en el Quijote y en sus continuaciones e imitaciones*, Madrid, 1996; MONTERO REGUERA, J.: *El “Quijote” y la crítica contemporánea*, CEC, Alcalá de Henares, 1997 y del mismo: *El “Quijote” durante cuatro siglos. Lecturas y lectores*, Valladolid, 2005; RIVAS HERNÁNDEZ, A.: *Lecturas del “Quijote” (Siglos XVII-XIX)*, Salamanca, 1998; GÓMEZ CANSECO, L.: *El “Quijote”, de Miguel de Cervantes*, Madrid, 2005; CANAVAGGIO, J.: *Don Quichotte. Du livre au mythe. Quatre siècles d’errance*, París, 2005...

⁴ Por ejemplo, STAGG, G.: “Sobre el plan primitivo del Quijote” en *Actas del I Congreso Internacional de Hispanistas*, Oxford, 1964, pp. 463-471; MARTÍN MORÁN, José Manuel: *El Quijote en ciernes. Los descuidos de Cervantes y las fases de elaboración textual*, Turín, 1990; GÓMEZ CANSECO, Luis: *El “Quijote” de Miguel de Cervantes*, Madrid, 2005

⁵ Que pudo ser Ginés de Pasamonte (RIQUER, M. de: *Cervantes, Pasamonte y Avellaneda*, Barcelona, 1988) o Baltasar de Navarrete (BLASCO PLASCUAL, J.: *Baltasar Navarrete posible autor del Quijote apócrifo [1614]*, Valladolid, 2005); las influencias recíprocas en MARTÍN JIMÉNEZ, A.: *El “Quijote” de Cervantes y el “Quijote” de Pasamonte: una imitación recíproca*, CEC, Alcalá de Henares, 2001. Otras influencias, la de Quijote en Sancho y la de Sancho en Quijote, en Madariaga, S. de: *Guía del lector del “Quijote”*, Madrid, 1978 (2’).

⁶ “Lecturas del Quijote de ayer a hoy”, en prensa.

adelante, fue creciendo su prestigio, fama y... ediciones. Casi medio centenar a lo largo del siglo de la Ilustración, con la más cuidada, la de la RAE por Ibarra en 1780. Y a la búsqueda de la identidad nacional en contra de los ataques de Maisson de Morvilliers, los defensores de España se ocuparon y preocuparon por el Quijote: desde Vicente de los Ríos (necesaria su lectura para entender la historia del dualismo quijotesco) a Cadalso o Jovellanos; que da igual, menos mal, que conservadores y liberales reconocían las glorias de la obra.

Así que no es de extrañar que alguien intentara hacer la vida del autor de tan genial obra. La primera biografía crítica es la de Mayans (precede la edición londinense de Tonson, 1738). Al tiempo, decenas de re-escrituras del Quijote, para teatro mayor y sainetes u otras narraciones en prosa...

En el XIX, el romanticismo alemán lo ensalzó a las cumbres de la Filosofía, y es que no es para menos; al tiempo que como voluptuosas cataratas de papel, las interpretaciones esotéricas y desbarradas inundaban libros, periódicos o discursos. Pero no me detengo en este inmenso y proceloso mar que bramaría sobre “el Quijote en el XIX”, época sin duda apasionante para nuestro escritor y nuestro texto, con los disparates míticos y legendarios de Hartzzenbusch (1863) yente y viniente por La Mancha a Argamasilla para instalar en la cueva que fue cárcel de Cervantes y en la que se imaginó *El Quijote* montar una imprenta y editar, al estilo del XVII, su particular obra. Lo único que pasó... es que Cervantes nunca fue encarcelado en Argamasilla.

Al tiempo, los desvaríos gaditanos, que siempre me han fascinado del doctor Thebüßen, que tenía una casa como la de don Quijote en su pueblo; ideas sólo superadas por los japoneses que se creen que la “Venta de don Quijote”, en Puerto Lápice, fue de la que salió al alba (eso sí que es mercadotecnia). Claro que para genialidades la de Guanajuato (Méjico): que un guía contó en cierta ocasión que “esa” era la casa en la que nació don Quijote..., y es que Guanajuato, “Capital Iberoamericana Cervantina”, es muy cervantina. Y en la Televisión manchega no ha mucho y desde Argamasilla me preguntaba una periodista jovenzuela, bien formada en los conocimientos transversales y rigurosos de la LOGSE, que qué sentía al hablar [ante una cámara] en el lugar en que nació don Quijote. Me superó, claro. No supe qué decir, aunque sí cómo reírme a mandíbula desencajada y hubo que empear otra vez a hacer la “entreviú”.

Todo esto es producto de cuanto se ha escrito con cabellos y descabelladamente desde entonces. Entre centenarios celebrados con más o menos ahínco, exaltaciones de todo lo por haber en las Exposiciones Universales o Internacionales o cualesquier otros “eventos” (¡vaya palabreja!) o la crisis del 98 (¡qué lata tanto 98 y lo que aún pervive en el pensamiento español!), se ha perdido el norte, la guía. No obstante, unos cuantos autores me han encantado y sé que no he podido leer todo, ni aun lo conozco: Abellán o Bataillon para el erasmismo de Cervantes; Castro para la interpretación correcta de la estratificación social en Cervantes; Menéndez Pelayo, Eisenberg, Carlos Alvar y el propio Cervantes –entre otros– para saber de los libros de don Quijote, o de Cervantes. Pero mal quedaría si a las citas, escasas es verdad que acompañan estas páginas, no sumara a Clemencín (un modernista ha de conocer bien su labor historiográfica) Ruffinato o la impresionante bibliografía de Jaime

Fernández; a Márquez Villanueva y sus fuentes, tipos, personajes cervantinos; Agustín Redondo y su genial *Otra manera de leer el "Quijote"* (Madrid, 1997); e igualmente el bellísimo de Riquer, *Para leer a Cervantes*, Barcelona, 2003 o también, Juan Carlos Rodríguez, *El escritor que compró su propio libro. Para leer el "Quijote"*, Barcelona, 2003 (¡es evidente que hay que leerse el *Quijote!*).

El siglo XX y aún me imagino que el XXI son deudores del XIX en muchas cosas. No olvidemos que la mejor biografía escrita sobre Cervantes y otros que pasaban por allí, es la de Astrana, la *Vida ejemplar y heroica de Miguel de Cervantes*, en 7 vols., Madrid, 1948-1958. En su concepción, muy positivista e influida por las concepciones histórico-nacionalistas imperantes, más bien parece una obra del XIX, post-romántica, que una obra de las fechas dichas. Pero España a finales del XIX estaba preguntándose qué era y otras cosas afines y andaba con jueguecitos de inestabilidades políticas y no estaba para estas cosas.

En fin, me dejó llevar por Gómez Canseco⁷, hay cinco campos de interpretación y lectura de los escritos sobre *El Quijote*:

1. Estudios en torno a la ideología que refleja el Quijote y a sus relaciones con la historia y la sociedad.
2. Análisis del Quijote en relación con las teorías literarias del Renacimiento.
3. Trabajos que atienden al perspectivismo y a las relaciones literarias del Quijote.
4. Análisis del libro desde el lenguaje y las tendencias postestructuralistas.
5. Atención filológica a la edición del texto cervantino y a su proceso de composición.
6. Estudios de conjunto e introducciones generales al Quijote.

Y, claro, tantas lecturas ha tenido el texto, como narraciones la vida de su autor. No voy a decir ese tópico que encubre no sé qué de que "la historia de las biografías de Cervantes *no está bien estudiada aún*", o en su otra versión, "necesita un nuevo estudio". Pero sí que me quedo, por abreviar con un par de datos importantes para los historiadores. La vida de Cervantes ha estado plagada de tópicos y tergiversaciones.

Por eso han sido tan meritorios los esfuerzos de fijación documental de su vida. Es en donde estamos a día de hoy. El meritísimo esfuerzo de Pérez Pastor, ha tenido continuación en Astrana, Canavaggio y últimamente Sliwa⁸. Son los mejores instrumentos de uso para un historiador.

Hay otros en Internet. Por ejemplo, aunque no se dedique sólo a Cervantes, es imprescindible navegar por <http://www.cervantesvirtual.com>: sin embargo, específicamente cervantina es la página web del Centro de Estudios Cervantinos de Alcalá de Henares, <http://www.centroestudioscervantinos.es/>. Hay otras como el Cervantes Project, de indudable utilidad. Pero con los enlaces del CEC hay de sobra (junio 2005).

⁷ GÓMEZ CANSECO, Luis: El "Quijote" de Miguel de Cervantes, Madrid, 2005, pp. 202-206.

⁸ Tiene una versión anterior en SLIWA, K.: Documentos de Miguel de Cervantes Saavedra, Pamplona, 1999.

Es muy interesante contemplar cómo a estas alturas de los tiempos, se necesite hacer un denodado esfuerzo positivista para aventar la mies y separar, como hizo adustamente Canavaggio el polvo de la paja y ofrecer al lector contraponiendo las páginas impares con las pares, qué contenía cada documento y su signatura. Sólo así se podía fijar la correcta “existencia” de cada hecho histórico cervantino. Y lo que no esté en documento, no pasó. La tarea ha sido prolongada por Sliwa quien en la voz “Efemérides Cervantinas” dedica más de 200 páginas de la *Gran Enciclopedia Cervantina* (en prensa, junio 2005) a recoger todos los documentos que se conocen de la familia Cervantes. Impresionante tarea. La siguiente, intuyo que nunca se hará, aunque habrá intentos, será la de editar todos esos documentos. Llama la atención los barridos que se han hecho en archivos municipales, pero sobre todo en los parroquiales de Madrid, en los de Protocolos Notariales y en Simancas. Conste que he revisado todas las peticiones de merced en Cámara de Castilla y no he visto nada de este Cervantes. Sin embargo, creo que se debe continuar con el esfuerzo de búsqueda de documentación a sabiendas de que siempre, cuanto más sepamos de este hombre singular, más querremos saber sobre él, más nos preguntaremos sobre su existir, esperando hallar respuesta de cosas o a cosas que, acaso, ni él mismo la tenía.

Claro que, si se sigue pensando que limpieza de sangre es igual a nobleza, o no se entiende qué es vender un oficio, o no se sabe nada de historia agraria, o no se establece una correlación de hechos históricos y fases de la vida de Miguel, o si se sigue pensando que porque en una solicitud de probanza de hidalguía porque un testigo (o quince) dijera que Rodrigo Cervantes llevaba vida noble, eran hidalgos; o porque una vieja cotilla dijera que en casa de Cervantes entraban a ver a las mujeres muchos hombres y se deduzca de ello que eran todas putas y Miguel el proxeneta... ¡vamos listos!

Pero como es más fácil ser mente-capto que hacer lecturas de vida y obra en común, pues seguirán pensando que Cervantes era un pícaro –¡qué simpático!–, aunque eso sí, un superhombre y que en Lepanto él solito hizo sombra a don Álvaro de Bazán y a don Juan de Austria; y que se pasó cinco años de solaz, pecado y perdición en un balneario de Argel; y que fue recaudador de impuestos –y lo hacemos antipático–; y no sé cuántos disparates más.

A pesar de la desesperación que causa ver que todo sigue igual, no puedo resistirme a terminar estas alocadas páginas cambiando de tercio y manifestando una vez más mi admiración por cómo una frase sola ha ensalzado a su autor al Parnaso del humanismo y del erasmismo. Me refiero a ese “mi muy caro y amado discípulo” que convierten a López de Hoyos y su Estudio de la Villa de Madrid, en el no va más de las letras hispánicas del Siglo de Oro. Parece mentira lo que da de sí una feliz frase (*circa* 1568) en el lugar oportuno. Porque si Cervantes no hubiera escrito lo que escribió, no habría sido nada; sólo autor de unos versos en una obra de otro. Como tantos más y López de Hoyos no tendría una calle tan larga en Madrid.

Y, amantísimo lector, si hemos llegado al final juntos, aplícome la frase de Cervantes dicha antes: “De todo esto ha de carecer mi libro...”⁹

⁹ El cual es Cervantes. *Genio y Libertad*, Temas de Hoy, Madrid, 2004.